

BRAVAS

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 75

BRAVAS

por

Nuria Kaiser



San Luis Potosí
GOBIERNO DE LA CAPITAL

BARRERA  BARRERA
División Cultural

**ALAS
DE
CERA**

*F*ICTICIA

MÉXICO
2025

BRAVAS

D.R. © Nuria Kaiser

D.R. © Arody Sánchez por la fotografía de la autora

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

Primera edición: febrero de 2025

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow / Armando Hartzacorsian

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,
Ciudad de México, c. p. 01060.

www.ficticia.com

ficticia@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-151-0

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

Para mi mamá

CONTENIDO

EL SECRETO PARA UN BUEN MATRIMONIO	11
PARAÍOS PERDIDOS	21
<i>BABY BLUES</i>	29
GRANADILLO AFRICANO	35
UN NUEVO ORDEN	49
COSAS HERMOSAS	57
ASÍ VIVÍAMOS BIEN.....	65
LLUVIA DE OLVIDO	73
BRAVAS	79
TÚ Y ELLA.....	89
OTRO ENCUENTRO.....	93

EL SECRETO PARA UN BUEN MATRIMONIO

Ocurrió poco a poco.

Una palabra desapareció al mediodía. Otra se esfumó en la cena. Una más quedó tirada en el pasillo del baño. Así pasaron los años hasta que la casa del matrimonio Galindo se quedó en silencio. Patricia se dio cuenta, pero había aprendido que al silencio es difícil ganarle la batalla; terminó por acostumbrarse a esa distancia insondable entre ella y Sebastián, su esposo. Total, no sería el primero ni el último matrimonio en vivir sin hablarse. *Hasta que la muerte los separe. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad.* El cura no dijo nada sobre el silencio.

Cecilia, su única hija, observó el distanciamiento entre sus padres. Aquella situación, que se contaba en varios años, le mermaba el ánimo, por lo que decidió hacer un intento para aminorar las ausencias en esa casa, que era la de su infancia. Una terapia de pareja, propuso. Tal vez funcionaría.

Patricia rechazó con indiferencia la propuesta y pronto invitó a su hija a salir por la puerta. Pero a las pocas semanas ocurrió algo que la hizo cambiar de opinión.

Limpiaba uno de los baños de la casa cuando, de pronto, descubrió una mancha en el filo de la pared. Debía de llevar allí meses, tal vez años, por lo que destinó las horas de esa tarde a erradicarla, frotando el muro con tal fuerza que

los brazos le quedaron adoloridos durante días. Al concluir, observó el espacio inmaculado y se sorprendió de lo linda que se veía la pared, tan distinta; sintió que se libraba de un peso. Se recriminó haber dejado pasar tanto tiempo con esa inmundicia a cuestas.

“¡Con qué rapidez es posible acostumbrarse a vivir entre la mierda!”; pensó esa noche, mientras se acostaba junto a su marido.

A la mañana siguiente llamó a su hija por teléfono para reconsiderar la propuesta: un terapeuta ya no parecía tan mala idea.

Su hija le devolvió la llamada una semana después para darle noticias.

—Se llama Dobrina —le dijo—. Me la recomendó una buena amiga. Acaba de terminar su doctorado en terapia familiar y, aunque es joven, tiene buena reputación.

El consultorio de Dobrina era una cabaña rústica en las afueras de la ciudad. Al llegar, Patricia observó con envidia la construcción rodeada de árboles, frente a un pequeño lago, aislada. Entró después de su marido y fijó los ojos en un librero en el que había una planta, la foto de un bebé y tres libros con el título *Amor*. Amor. Esa palabra le despertó esperanza y le recordó la manera en que solía trazar esas letras una y otra vez cuando conoció a Sebastián, hacía más de treinta años.

Patricia y él caminaron por la sala principal y pronto descubrieron a la terapeuta, quien permaneció sentada en un sofá, sin muestras de cambiar su postura para recibir a la pareja. A Patricia le pareció descortés, pero fue incapaz de decir algo.

—Hola. Soy Dobrina —se presentó la joven con una leve y aparente sonrisa franca, extendiendo la mano desde su asiento.

Al tomarla, Patricia sintió esa suavidad de la juventud, una hidratación perdida; sus manos guardaron memoria de aquella sensación que ya creía ajena. Durante algún momento de la consulta, se la llevó con disimulo a la nariz: olía a lavanda.

La primera sesión transcurrió entre grandes esfuerzos de la terapeuta. No era sencillo arrancarles las palabras a sus pacientes; para Patricia también resultó difícil e incómodo. Aunque los silencios con su marido se habían vuelto un hábito perfeccionado con el tiempo, el hecho de mostrarlos frente a otra persona, le parecía un acto tan íntimo que la avergonzaba, como si revelara una parte desnuda de su cuerpo. Exhibir sus silencios con Sebastián era como hacer el amor delante de un extraño.

No serían pocas las sesiones en las que se sostendría esa quietud compartida con resultados nulos. Aquello parecía inútil, sin embargo, al filo del desencanto, Sebastián sorprendió a sus interlocutoras:

—Sólo quiero que Patricia sea feliz.

Patricia giró la cabeza hacia su esposo en un claro gesto de desconcierto.

—¿Feliz? —respondió ella—. ¿Cómo puedo ser feliz si constantemente me ignora?

Dobrina intentó contener la ira de Patricia. Adivinó en la mirada de su paciente las preguntas que parecían a punto de estallar en aquella sala: “¿Qué estás pensando?” “¿Tienes alguna otra idea?”.

Algo se suavizó, poco a poco, entre Patricia y Sebastián y, tras casi nueve meses de terapia, la comunicación entre ellos se restableció. La neblina del silencio de su hogar se disolvía en una novedad a la que ambos se entregaron gustosos; las frases se escurrían de sus bocas como si una necesidad extraña e innombrable hubiera

nacido entre ellos. Sebastián bromeó acerca de sus nuevas palabras tras una gestación de casi nueve meses de silencio.

Patricia rio ante la ocurrencia y lo besó con cariño.

Dobrina los dio de alta, orgullosa, y Patricia se preguntó si consideraría esto —salvar a un matrimonio— un éxito. ¿Era ese el propósito de un terapeuta de pareja? ¿O un divorcio también podía ser considerado un logro?

Sin embargo, después de algunas semanas, el techo volvió a caer sobre el matrimonio. De una manera sutil, poco perceptible, el silencio los abrazó de nuevo. Para Patricia había una extraña coincidencia entre esa nueva quietud y los primeros signos del invierno.

No podían regresar a su antigua rutina. Había que volver con Dobrina. No supo explicarle a la terapeuta las razones de aquella recaída; sólo atinó a disculparse por regresar tan pronto, por ser un fracaso potencial en su carrera, por no poder aferrarse a las palabras.

—Esto es más común de lo que creen —los reconfortó Dobrina, quien no parecía decepcionada de recibirlos de nuevo. En esta cita sí se levantó de su asiento para saludarlos como si se tratara de amigos entrañables, y Patricia inhaló con profundidad cuando se abrazaron. “Lavanda, otra vez”—. Pero no lo consideren un retroceso; es simplemente algo que tenemos que ajustar, como si fueran pequeñas piezas que quedan fuera de su sitio después de arreglar una máquina.

Los tres sonrieron ante la metáfora.

Una vez más funcionó: el silencio se dispersó como la pesada neblina en medio de la carretera. Sebastián y Patricia volvieron a intercambiar palabras, pero esta vez había que hacerlo tangible, por lo que invitaron a su hija para constatarlo. La joven se sorprendió por el nuevo afecto

que sus padres desplegaban. El trabajo de la terapeuta era lo mejor que les sucedió en años.

Transcurrieron dos meses antes de que Dobrina despidiera a la pareja en la puerta de su cabaña. La terapia dio resultados y no había más que hacer. Con palmadas cariñosas en la espalda, les aseguró que estarían bien:

—No duden en llamarme si sienten la necesidad de volver. Me encantaría verlos de nuevo, aunque estoy segura de que todo saldrá perfecto.

Sebastián y Patricia regresaron a casa con la ilusión de una vida nueva, intercambiando inquietudes en medio de palabras que se tropezaban entre sí. Y así pasaron las horas hasta que el amanecer los encontró despiertos en la cama, interrumpiéndose, terminando las frases inconclusas del otro, tomándose las manos y tocando partes de sus cuerpos que sabían de memoria, intentando renovar el gusto por ellas. Antes de cerrar los ojos, Patricia le agradeció a Dobrina en silencio por volver a arreglar las cosas.

Con la llegada de la primavera, y con la misma lentitud de las flores que eclosionaban afuera de su ventana, volvieron a retraerse uno del otro, como animales heridos.

Patricia llamó a Dobrina. De nuevo se vio impedida para explicar qué era lo que pasaba, parecía que sólo encontraban sus voces frente a ella.

Días más tarde la pareja se encontraba frente a la terapeuta, quien estaba ligeramente desconcertada por tenerlos de vuelta tan pronto. Patricia se percató de que esta vez Dobrina parecía ausente e impaciente, y lanzaba miradas furtivas hacia el reloj de la pared.

Aquello era cosa de magia. Frente a Dobrina, la niebla de silencio dentro de la cual ella y Sebastián se encontraban

atascados se disolvía y las palabras comenzaban a derramarse de sus bocas, llenando el aire de esperanza, incluso de amor.

Después de algunas semanas, Dobrina volvió a mandarlos a casa, como una pájara que lanza a sus polluelos al aire para que aprendan a volar.

—No quiero verlos pronto —les advirtió con una sonrisa forzada, mitad en broma; Patricia percibió la otra mitad que estas palabras envolvían, como regalo de último minuto—. Intenten aguantar el silencio un poco más; vean qué resulta.

“En otras palabras”, pensó Patricia, “arréglenlo ustedes solos”.

Pero la tarea resultó imposible. Apenas unos pocos días después de despedirse de la terapeuta con un cálido abrazo —al menos de su parte—, Sebastián y Patricia volvían a ser desconocidos. Él sólo le dirigió la palabra después de ocho semanas para decirle a su esposa que deberían llamar a Dobrina. Pero Patricia negó con determinación:

—Nos dijo que esperaríamos —sentenció mientras limpiaba los muros de la cocina con los guantes amarillos.

Tras ese ligero intercambio de palabras, nada más se dijeron durante dos meses. Poco a poco, el horror de la certeza comenzó a invadirlos. Patricia se mordía las uñas mientras Sebastián se arrancaba los pelos de la nariz hasta que los poros le sangraban. Miraban con angustia sus teléfonos, intentando contener la necesidad de una llamada, como adictos en un esfuerzo por romper el ciclo tóxico. Buscaban lo inaccesible y atestiguaron cómo el otro, en silencio, anhelaba lo mismo. En un momento, sus ojos se encontraron y, sin mediar palabra, se dieron cuenta de que decían lo mismo: la necesitaban. Y esa necesidad era proporcional a su propia existencia.

La llamaron una última vez. Lo hizo Sebastián, pero Dobrina declinó:

—Los canalizaré con alguien más. Yo ya no puedo verlos —respondió, como si presintiera algo, como si el presagio fuera su especialidad.

Y quizá lo era.

Sebastián insistió y, al final, Dobrina aceptó a regañadientes verlos una vez más. Pidieron la última sesión del día y, cuando la terapeuta abrió la puerta, bien entrada la noche, no sonrió al ver a sus pacientes ni intentó ser amable. Por el contrario, se veía seria, incluso molesta. Sebastián y Patricia también estaban distintos, nerviosos, pero mientras la seguían por el largo pasillo que los dirigía a su consultorio, él sostuvo la mano de su esposa y la apretó con fuerza. Se miraron en silencio y sintieron que ya habían dicho lo suficiente.

Los primeros copos de nieve aparecían cuando Patricia y Sebastián llegaron a casa de su hija. Todos notaron en la fiesta el sorprendente cambio en la pareja, y ningún invitado perdió de vista su amor mutuo, la manera en que se tocaban, tomaban de las manos, miraban. Sin embargo, la forma en que se hablaban era lo que más sorprendía.

—Es increíble cómo, después de todos estos años juntos, se comunican —le dijo uno de los invitados a Cecilia, quien no ocultaba su alegría al ver cómo la relación de sus padres había evolucionado desde el año anterior.

—Mamá, papá —les dijo cuando se sentaron en la mesa—, quiero presentarles a Laura.

Laura, la amiga de su hija, era una joven en sus tempranos treinta. Tenía el cabello corto y los brazos delgados; entre sus dedos largos sostenía un cigarro apagado.

—Estoy intentado dejarlo —explicó sacudiendo la cabeza cuando Sebastián le ofreció un encendedor. Después

se les aproximó de manera misteriosa para, en un susurro cómplice, preguntarles:

—¿Cuál es la fórmula? ¿Tienen algún secreto para que un matrimonio como el de ustedes sea exitoso tanto tiempo?

Patricia y Sebastián se miraron y sonrieron.

—La casa —respondieron al mismo tiempo. Y luego Patricia añadió—: es la intimidad del hogar la que contiene los secretos, donde se localizan las respuestas.

—Debe ser por eso que ya jamás me invitan a la suya —bromeó Cecilia, sonriendo y aceptando la travesura de sus padres—. Ahora sólo los veo afuera, como si no quisieran compartir su secreto conmigo. No me permiten ir a su casa.

Laura rio y le dio una larga bocanada a su cigarro apagado. Expulsó un humo invisible.

—De hecho, mamá, papá —exclamó su hija de pronto, recordando algo—, Laura es la amiga que me recomendó a Dobrina, la terapeuta que estuvieron viendo hace tiempo.

Sebastián y Patricia se mostraron sorprendidos.

—¡Ah! —exclamó Sebastián, mientras encendía su cigarro—. ¿De verdad? ¿Cómo está Dobrina, por cierto? Dejamos de verla hace algunos meses.

Una nube cubrió el rostro de Laura, y sus ojos luminosos se oscurecieron.

—¿No saben lo que ocurrió?

Sebastián y Patricia negaron.

—Dobrina desapareció el verano pasado. Alguien entró en su consultorio y la secuestró. No hemos sabido nada de ella desde entonces. Es una tragedia, tiene un bebé pequeño y esposo. Ha sido devastador.

Sebastián y Patricia lamentaron escuchar eso. Le contaron a Laura que Dobrina había sido amable con ellos, que les ayudó en su proceso.

«BRAVAS»

DE NURIA KAISER

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 18 DE FEBRERO DE 2025
EN LOS TALLERES DE OCÉANO AZUL CREATIVO S.A. DE C.V.

PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, CP. 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.